



Porque luchamos para vencer

Nunca lo habría creído. Nunca habría creído que me pasara a mí. Y sin embargo me pasa. Ahora. Cuando golpeo mi reumática máquina de escribir estoy, por primera vez, desconfiando de ella. Echando de menos una hipotética máquina que, en vez de ella, me llevara en carne y hueso a tu lado, lector/a. Con un vaso de sidra en la mano y pudiendo mirarte a los ojos y pegar puñetazos en tu mesa. Para contarte, para cantarte, para gritarte, para chillarte, mi alegría y mi esperanza. Para decirte, con la risa brincándome en los labios, haciéndome chiribitas los ojos, corriéndome veloces los pulsos, que te animes, que mires la tierra de Euskadi dorada por este cómplice Sol de otoño, que escuches las hojas de las hayas de Urbasa susurrando, que atiendas el bronco bramido de las sirenas resoplando en el aire espeso y acre, contaminado y pardo de la Ría, que desprecias el tartamudo ulular de las sirenas impotentes de la Policía frustradas en su afán de intimidarnos correteando por nuestras calles, que te pares un instante. Y mires. Y que escuches dentro de tí a Euskadi cantar como una campana gigante y cristalina, brillante como un peine de oro reluciente, porque seguimos andando, porque seguimos estando, porque seguimos siendo.

Porque luchamos para vencer

No te pido, compañera, compañero, que te ufanes. Ni que vuelques tu sarcasmo, ni tu desprecio, ni siquiera tu lástima, sobre tu vecino o tu pariente. Sobre los pobres desgraciados que marchan alucinados por los caminos cargados con patética balanza intentando sopesar, comparar, medir, cuantificar, cuál de sus podridas frutas será «más útil». Resignados a comer podrido, sólo preocupados de que ya que comerán seguro podrido, que sea más grande, más seguro.

Déjales.

Deja que los muertos entierren a los muertos.

Deja que los cobardes arrojen a los cobardes.

Deja que los arrepentidos consuelen a los arrepentidos.

Ni les mires.

Tú sigue tu camino. Aprieta los dientes, cíñete bien los lomos con el vestido, repasa tu calzado. Porque el

camino de la victoria, que es segura, será sin duda, todavía, duro.

No te separes de los tuyos. No te apartes de la vasca gente. No te pierdas de la obrera clase. No te pierdas del grueso de la mara. No te pares ni un segundo, ni siquiera para escupir en ella, sobre la sucia escudilla del plato de lentejas con que pretenden comprar tu primogenitura.

Ni una vacilación. Ni un traspies. Que aquí peligra, a cada instante, la vida del artista.

Tú, optimista.

Que quiere decir que eres una tía, un tío, que sólo apuesta al óptimo. Que sólo acepta el óptimo. Que sólo se satisface con lo mejor.

Lo mejor. Nada de sucedáneos. Si te ofrecen reforma, escúpela, porque tú quieres lo mejor y no te contentas con menos que la revolución. Si te ofrecen nescafé, escúpelo, porque tú sólo quieres independencia. Lo mejor. Lo óptimo. Aquí. Ahora. No dentro de mil años cuando todos estemos calvos. La independencia y el socialismo y la revolución y el cambio radical profundo del mundo y del hombre (no la calderilla del cambio que les sobre a los militares golpistas borrachos de franquismo) ahora, ya, mañana mismo.

Porque nosotros no luchamos por gusto.

Porque nosotros no luchamos por deporte.

Porque nosotros no luchamos por diversión ni por perversión.

Porque nosotros luchamos para vencer

Nosotros luchamos para hacer ya, ahora, enseñada, mañana mismo, una Euskadi independiente, socialista, reunificada y euskaldun. Una Euskadi distinta y nueva. Una Euskadi sin explotación y sin miseria, sin dominación y sin tristeza, sin barrotes ni torturas. Una Euskadi abierta y clara, profunda y bella. Una Euskadi solidaria de todos los explotados del mundo, punta de lanza de la liberación de todos los pueblos. Una Euskadi enraizada a través de la armónica aglutinación del euskara en el puñado de milenios de lucha del bípedo animal que somos en la búsqueda de la personalización, del dominio del mundo para lograr —al entenderlo y por entenderlo transformarlo— convertirlo en un compañero de una vida libre, comunal, solidaria y alegre.